

Invierno

Libro de Sol





Un misterioso libro

Nadie puede imaginar que exista un libro invisible debajo de la cama de una niña. Un libro transparente como el aire, con tapas gruesas y un montón de hojas llenecitas de dibujos y palabras.

Pero está ahí, invisible, debajo de la cama de Sol.

Es muy difícil imaginar este libro, porque además es más grande que la cama y a veces más grande que el cuarto y que la casa de Sol.

Pero ahí está escondido, sin ensuciar sus páginas, sin molestar a nadie, desde que ella tenía cuatro años y cada noche su papá le leía una linda historia.

Ahora Sol tiene seis años y su papá no está a su lado. Tampoco su mamá, porque su papá y su mamá volaron al cielo y desde entonces ella vive con sus abuelos.

Sol ha llegado a querer a sus abuelos tanto como a sus papás, pero no les ha contado una sola palabra del libro invisible. Es el secreto más importante de su vida.

Además, jamás le creerían.

«¿Cómo va a haber un libro debajo de tu cama», diría la abuela. «Si yo barro todas las mañanas».

«¡Imposible!», exclamaría el abuelo. «¡Ningún libro está fuera de mi biblioteca».

Para qué contarles a los abuelos. Basta que Sol recuerde esos días en que su papá llegaba tarde y ella lo esperaba metida en la cama, jugando con sus muñecas.

Apenas lo escuchaba abrir la puerta, un cosquilleo recorría su cuerpo. Ella enseguida dejaba sus juguetes y se quedaba quietecita como una muñeca más.

El papá entraba a su cuarto y se sentaba al borde de la cama. Le daba un beso y le conversaba, mientras repasaba con el pulgar las preciosas líneas de sus cejas.



Sol se sentía feliz. La mamá entraba y se acomodaba en la cama. Bromeaban, se contaban las cosas del día. Un rato después, el papá se inclinaba y buscaba debajo de la cama...

Entonces sacaba el libro invisible. Lo levantaba con esfuerzo («pesa más que un sofá», decía) y lo ponía sobre sus piernas. Abría la gruesa cubierta y pasaba las páginas, sin ningún apuro, mientras leía los títulos de las historias:

—«La hija del leñador»... «Los ratones que comían hierro»... «El robo del tesoro soñado»...

A veces se quedaba contemplando un dibujo y lo comentaba con su esposa y su hija. Ellas miraban donde señalaba el papá, luego se miraban entre ellas y sonreían.



El papá seguía pasando las páginas y exclamaba: «¡Esta es divertidísima!» o «Me acuerdo de esta... ¡es para morir de miedo!», pero Sol solo sentía pasar una suave brisa.

Hasta que el papá se quedaba en una página y comenzaba a leer. Lo hacía lentamente, con una voz que hechizaba. Podía ser el vozarrón de un brujo o la vocecilla de una princesa o, si quería, el trino de un ruiseñor.

Lo demás era silencio.

En la oscuridad del cuarto aparecía un bosque encantado o una cueva terrible. Y a veces Sol no podía aguantarse la emoción y pegaba un chillido de susto o palmoteaba de alegría contra la cama.

Entonces el papá le pedía:

—No hagas ruido, hijita. Me tapas las letras.

Sol volvía a quedarse quieta. Solo en apariencia, porque en verdad su corazón latía cada vez más con la historia.

El papá continuaba leyendo, sin comerse una sola palabra del libro invisible. Sol escuchaba tan atentamente, que sus pelos amarillos se ocultaban en las sombras del cuarto y desaparecían como una velita apagada por el viento.